

**Gustavo Dessal**

**EL CASO MIKE**

---



**INTERZONA**

Gustavo Dessal

**EL CASO MIKE**



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Dessal, Gustavo  
El caso Mike / Gustavo Dessal - 1a ed. - Buenos Aires: interZona Editora, 2020.  
336 p.; 22 x 14 cm. (Zona de Ficciones)  
ISBN 978-987-790-010-1  
1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

---

© Gustavo Dessal, 2020

© interZona editora, 2020  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
www.interzonaeditora.com  
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Luciano Páez  
Asistencia editorial: Lucía Ciampoli  
Composición de interior: Brenda Wainer  
Composición de tapa: Luciano Páez  
Imagen de tapa: Shutterstock  
Corrección: Mónica Campos

ISBN 978-987-790-010-1

Libro de edición argentina.  
Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## INTRODUCCIÓN

A pesar de que los pies estaban desnudos, como también el resto del cuerpo, se podía percibir el sonido sordo del hombre que corría espantado en medio de la ciudad y de la noche de aquel mes de julio. Solo se oía el ritmo de los pies golpeando el asfalto de las calles, el jadeo, los pulmones trabajando como un motor pasado de revoluciones a punto de reventar. Bum, bum, bum, los golpes retumbaban como el eco lejano de un trueno, o un disparo de cañón. Las plantas de los pies sangraban, pero el terror las había vuelto insensibles, convertidas en cuero de animal desbocado. Casi ningún alma estaba despierta a esa hora, pero alguna lo vio pasar como una exhalación, la piel morena cubierta de un sudor que bajo la luz de las farolas lanzaba un destello casi irreal. Un viejo vagabundo que dormía junto a su perro despertó y creyó ver al demonio. Una mujer desvelada sintió temblar el suelo de su casa y se asomó por la ventana para averiguar qué estaba sucediendo.

El hombre corría por Roxbury. Lo vieron en Washington Street, pasando por el costado de Malcolm X Park. Giró en Dale Street hasta alcanzar Warren Street, y allí aumentó la velocidad de su carrera en dirección hacia el norte. Cruzó el área de Dudley Square. Como quedaba aún mucho tiempo para la madrugada, ningún coche se interpuso en su camino. La fuerza que lo dominaba era tan salvaje que al no encontrar paso entre dos camionetas estacionadas trepó por el capó de una de ellas como si hubiese ensayado el salto cientos de veces. Los pies seguían aumentando de modo vertiginoso la velocidad, y parecían no tocar el suelo. El hombre voló por Harrison

Avenue y al alcanzar Berkeley Street torció hacia la izquierda, como si un mando de control remoto guiase su trayectoria. Entonces cobró un impulso final, cruzó la calle y, con todo el ímpetu sobrehumano de las dos millas de carrera, se zambulló en el escaparate de una pequeña tienda que vendía una marca muy selecta de ropa y artículos para deportes. El escaparate tenía una estructura blindada, pero cedió como si fuese una pared de papel japonés.

Vaya mierda, dijo el dueño del local cuando recibió el aviso de lo que había pasado. Me vendieron este cristal como de acero y un loco cualquiera lo rompió con la cabeza.

El cuerpo quedó atravesado sobre el suelo, cubierto de miles de pequeños trocitos de cristal que brillaron a la luz de las linternas de los agentes de policía que acudieron al lugar unos minutos más tarde.

Mientras dos bomberos le aspiraban los vidrios con una máquina, los paramédicos revisaron las heridas del hombre y realizaron las primeras curas en las plantas de los pies y la cabeza. Lo cargaron en la camilla y cerraron las puertas de la ambulancia, que puso rumbo al Solomon Carter Fuller Mental Health Center.

Hay que joderse, gruñó el agente Wilson mientras hacía las fotos correspondientes. Va a ser divertido identificar a este imbécil. Ni un solo bolsillo para revisar. Es lo que nos faltaba por ver: un tipo en pelotas a toda carrera por el medio de la ciudad. ¿Será un deporte que acaban de inventar?

No, rió el sargento McCoy. Esto ya está inventado, pero hacía mucho tiempo que no lo veíamos por aquí. Tú no habías nacido cuando a algunos se les dio por correr en cueros por las calles o en los estadios de fútbol. De todos modos este tipo se ha tragado además alguna mierda de pastilla. Hay unas nuevas que por lo visto te vuelan la cabeza en pocos minutos. Menudo cráneo tiene el animal. El cristal es casi a prueba de balas. No entiendo cómo pudo romperlo. Déjame la cámara un momento.

Wilson le entregó la cámara digital y el sargento McCoy fue pasando las fotos en la pantalla. Se detuvo en una, donde se veía con toda claridad la espalda del hombre desnudo, y aumentó el *zoom*. Sobre el omóplato derecho, una hoja de marihuana tatuada, y debajo la palabra “Boricua” escrita en letras góticas. A la altura del izquierdo, un par de huesos cruzados, enlazados por una cinta con la inscripción “Perdóname madre”.

No te preocupes, dijo devolviéndole la cámara al agente Wilson. Lo tendremos identificado en unas pocas horas.

Wilson frunció el ceño y dio un paso atrás. ¿Vamos a identificar a este tipo en unas pocas horas?

Los tatuajes, dijo McCoy asintiendo con la cabeza. Portorriqueño. Es la clase de tatuajes que les gusta.

No lo dirás en serio. ¿Hay miles de jodidos portorriqueños en la ciudad! ¿Acaso piensas interrogarlos uno por uno?

Tú déjame a mí. Ya lo verás. Sube al coche, vamos. Yo conduciré mientras acabas el informe. Haremos primero una parada en Aldo's, y después iremos a visitar a un tipo que se llama Montoya. Charlie Montoya.

¿Charlie Montoya? ¿Quién es ese?

Calma. Primero el informe, luego el desayuno y más tarde Montoya.

Charlie Montoya era bajito, con aspecto de indígena sudamericano. Llevaba el pelo muy largo, casi por la cintura, liso y atado con una coleta. Sonreía todo el tiempo, mostrando unos dientes amarillos de perro callejero. Flaco como una astilla de pino, pero de textura fuerte y fibrosa, tenía un taller en un sótano de Maverick Street, en el distrito de East Boston. No es una de las peores zonas, con sus casas de madera y falso ladrillo. La comunidad hispana se ha instalado con gran fuerza allí. La mayoría de los habitantes del barrio son hispanos de segunda generación, incluso de tercera. Como es habitual, los más jóvenes casi no hablan el español, o

muy poco. Charlie era hijo de hondureños llegados en los años sesenta, pero conservaba muy bien la lengua de sus padres y la mezclaba todo el tiempo con el inglés. El taller era un antro clandestino de tatuajes, aunque bien mantenido y limpio. Su dueño era conocido como uno de los mejores tatuadores de la ciudad. Prueba de ello es que también recibía muchos clientes negros, que por lo general prefieren hacerse sus tatuajes con gente de su propia comunidad. Charlie tenía una buena fama porque nadie que pasaba por su taller se contagiaba el sida o la hepatitis. No escatimaba las precauciones para evitar la contaminación cruzada, empleaba tinturas fabricadas con ingredientes naturales, materiales desechables, protectores, y todos los productos más modernos y seguros que existían en el insólito y floreciente mercado del body art. El ambiente se asemejaba a un quirófano, con una camilla que forraba con film plástico cada vez que iniciaba un trabajo. Había cajas de guantes de látex y mascarillas apiladas en las estanterías, junto con cápsulas de tintas de colores, rotuladores indelebles para la piel, botes de cremas anestésicas, cicatrizantes, aerosoles, pulverizadores, frascos de desinfectantes, paquetes de papel hectográfico y lociones. Las paredes estaban tapizadas con los diseños que Charlie realizaba, auténticas obras de arte grabadas sobre la piel humana que podían costar el salario de un cliente. Si alguno contraía una enfermedad era por haberse metido lo que no debía –o por donde no debía, según el criterio moral del sargento McCoy–, pero en ningún caso era asunto de Charlie. El local no tenía ninguna clase de permiso o habilitación, pero la policía del distrito hacía la vista gorda porque Montoya devolvía esa distraída conducta de las autoridades proporcionando una información que a menudo dependía solo de él.

¿No deberíamos venir sin uniforme y en un coche camuflado?, preguntó Wilson cuando estacionaron.

¿Te has mirado alguna vez en el espejo? ¿Crees que aunque te disfraces de Halloween estos tíos se van a tragar el cuento de que

venimos a hacernos un tatuaje? Esta gente nos huele a distancia. Para ellos somos inconfundibles. Y tienen razón. No hay nada más difícil de disimular que la barriga de un poli, observó McCoy dándose golpecitos en la suya.

Para entrar al taller había que descender unos pocos peldaños de madera bastante estrechos, que crujían como en una película de miedo y olían a una mezcla de meadas de gato y tinturas. McCoy bajó primero, y Wilson lo siguió detrás, haciendo algún comentario sobre el aroma.

Cállate la boca, Wilson, que ya queríamos tú y yo tener la mitad del dinero que gana este tío.

No me dejaría clavar esas agujas ni aunque me trajesen atado de pies y manos. ¿Es que no has visto a algunos de esos lelos que tienen la cara tatuada con escamas de lagarto o de serpiente? Te lo digo, no me extraña ya nada, menos aún que un loco salga a correr por la calle y se estampe la cabeza contra un escaparate. Al menos ese no pagó nada por hacerlo.

McCoy se encogió de hombros.

Yo no estaría tan seguro, dijo haciéndose el misterioso.

Montoya saludó a McCoy sonriendo con sus dientes de perro, y le extendió la mano a Wilson, una mano que había previamente frotado con alcohol en gel. Sobre la higiene del lugar no podía admitirse la más mínima duda.

¿Puedo?, preguntó el sargento mostrando la cámara digital y señalando la computadora que estaba sobre una especie de escritorio metálico.

Claro, adelante. ¿Necesita el cable USB?

No, gracias, ya tengo uno conmigo.

McCoy conectó la cámara a la computadora y descargó las fotografías. Charlie se sentó frente a la pantalla y comenzó a observarlas con la atención de un cirujano que observa una imagen radiográfica.

Esto no es un trabajo mío, siento decirlo. Son tatuajes de muy mala calidad, y bastante recientes ¿Ve esas marcas allí, junto al dibujo de la hoja de marihuana? Granulomas.

¿Qué es eso?, preguntó McCoy.

Mal asunto. Digamos que es una especie de infección. Tendrán que tratárselo. Supongo que el tipo este estará en un hospital, y allí lo verán.

Bien, Charlie, pero necesito algo más. Necesito alguna pista.

Oh, sí, claro. Tengo que hacer algo por usted, sargento. Esta chapuza no es un trabajo mío, pero me encargaré de averiguarlo. Deme una hora.

McCoy se quedó en silencio, giró la cabeza hacia los lados para mirar todo el taller, como si lo descubriese de repente, y se puso de pie para observar más de cerca alguno de los diseños que colgaban en las paredes.

Eres un artista, Montoya, realmente lo eres. ¿Por qué no te dedicas a hacer esto sobre una tela?

Charlie soltó una risita.

No, *papi*. Sobre una tela lo hace cualquiera. Lo mío es la carne. Ya lo sabe. Cuando quiera, le hago buen precio por un ave del paraíso en el pecho. ¿Tiene mujer?

Sí, ¿por qué lo preguntas?

A ellas las vuelve locas el ave del paraíso. Las pone cachondas.

Llámame en una hora, respondió McCoy haciendo caso omiso del ave y de las mujeres cachondas.

Una hora más tarde, Charlie Montoya le proporcionaba el nombre del corredor desnudo.

## I

La madre había acampado en la sala de espera y no atendía a razones. El encargado de seguridad y la enfermera de turno le habían explicado que el horario de visitas a los pacientes ingresados era muy estricto: solo entre las cinco y las seis de la tarde. Pero la mujer, una portorriqueña que rondaba los cincuenta, movía los brazos rollizos y hacía temblar el águila tatuada en cada uno, como si los pájaros fuesen a despegar de su piel y remontar vuelo. Cuando lograban calmarla, argumentaba en inglés. Pero al instante retomaba el español para expresar mejor su furia y su indignación. Estaba convencida de que a su hijo lo habían metido allí a la fuerza, lo cual era sin duda cierto, puesto que tras correr completamente desnudo en mitad de la noche durante casi veinte calles y arrojarle por fin de cabeza en el escaparate de una tienda deportiva, la policía trasladó a Mike Benítez al hospital, donde guardaba cama con dieciséis puntos de sutura en el cuero cabelludo, un probable diagnóstico de esquizofrenia, y una vía por donde su sangre recibía un sustancioso *smoothie* de Haloperidol, Clorpromazina y Levomepromazina, el protocolo habitual para un brote agudo, sumados a los antibióticos para evitar la infección de sus heridas.

Yo acababa de llegar al hospital en mi coche. La semana anterior me había caído de la bicicleta que suelo utilizar para trasladarme al trabajo. Una caída estúpida, una pérdida de equilibrio cuando andaba a muy poca velocidad. Eso, sumado al hecho de que mi ilusionado encuentro con la joven doctora Deborah Chester no había prosperado más allá de una agradable cena y una

conversación sobre casos difíciles, mezclada con comentarios sobre los preparativos de su boda –noticia que había sido el verdadero motivo de su interés por verme–, habían demolido mi rejuvenecido entusiasmo, recordándome que no siempre un espíritu en forma es suficiente para anular las consecuencias de haber cumplido sesenta y cinco años. Mis amigos, en especial los divorciados o viudos de mi edad, nos dividíamos en dos bandos irreconciliables: los que como yo admitíamos habernos convertido en espectros invisibles para el sexo femenino, y aquellos que –por el contrario– no cesaban de apabullarnos con descripciones detalladas sobre sus flamantes conquistas por internet. De todos modos, podía darme por contento. Tan solo unas magulladuras, una inflamación moderada en un hombro, pero ningún hueso roto. En un par de semanas podría volver a montar en bicicleta.

El pronóstico sobre mi vida amorosa era en cambio más incierto. Aunque en los últimos tiempos comenzaba a resignarme, reconozco haber alimentado con la doctora Chester alguna expectativa, bastante discreta como para no informar a nadie sobre aquel encuentro y ahorrarme así la confesión de una pequeña derrota, pero suficiente como para sentir una ligera punzada en la privacidad de mi orgullo. Era inevitable que un día después de la cita, al caerme de la bicicleta, se me impusiese la desalentadora imagen de un hombre que ya no podía permitirse demasiadas fantasías.

Cuando me dirigía hacia mi despacho, la intensidad de la discusión entre aquella madre y el personal aumentaba por momentos, al punto de que algunos pacientes que aguardaban para ser atendidos levantaron la vista de sus teléfonos móviles. Fue un gesto curioso, puesto que en los tiempos actuales los estímulos externos raramente poseen un magnetismo superior al que ejerce cualquiera de esos aparatos. Me acerqué al acalorado grupo, justo cuando cuatro varones jóvenes entraron al hospital como una ráfaga de viento y rodearon a la mujer formando una especie de cordón sanitario. De inmediato adoptaron una actitud desafiante, por lo

que el encargado de seguridad manoteó su walkie talkie y solicitó refuerzos. Eso enfureció aún más a la madre y a quienes parecían ser sus hijos o yernos, y el tono fue creciendo hasta alcanzar el grado de amenaza, incluso de intimidación física. La cosa estaba a punto de descarrilar, pero logré abrimme paso entre los familiares y abordar de frente a la mujer.

*¿Qué es lo que está pasando, Mamá?*, dije en español, idioma que me había visto obligado a aprender con la misma velocidad que aumentaba la población hispana en la ciudad. Mi aspecto y mi acento –tan ajeno al del sur del río Grande– debieron provocar cierta sorpresa, que aproveché para jugar una nueva carta. La mujer dejó de gritar y me miró con la boca abierta, respirando agitada.

*Todo el mundo conmigo, hacia allí, a mi despacho. Vamos, Mamá. Y ustedes también*, ordené a los de la escolta, que se miraron entre sí, pero me siguieron. La enfermera, el de seguridad y los atónitos pacientes que esperaban turno observaron la extraña escena. Yo encabezaba la marcha, y tras de mí, la madre y los chicos que un instante antes enseñaban los dientes, pero que ahora se dejaban guiar mansamente –gorras caladas hasta los ojos, cordones de las zapatillas desatados– hacia una pequeña sala donde apenas había espacio para dos personas. Me acomodé como pude detrás de mi escritorio, pero permanecí de pie.

Necesito un minuto para ponerme al tanto, dije en inglés. ¿De acuerdo? Todos asintieron con la cabeza. Le ofrecí a *Mamá* que se sentara en la única silla que había, además de la mía. Levanté el teléfono y me puse al habla con el doctor Allens, que esa mañana estaba a cargo de los pacientes ingresados. Me explicó lo que había sucedido. Mientras lo escuchaba al otro lado de la línea, una sucesión de imágenes cruzó por mi cerebro. La novela de Stephan Zweig, *Amok*, donde el protagonista narra ese extraño síndrome de locura que consiste en echar a correr, de manera súbita, envuelto en las llamas de una rabia asesina. El caso de Rudy Eugene, el hombre negro que, unos años antes en Miami, tras una carrera

enloquecida y desnudo como un dios salvaje, había devorado la cara de un vagabundo. Un policía tuvo que liquidarlo a tiros para que soltara a su presa. Las noticias de una extraña droga conocida como “sales de baño”. El doctor Allens me aclaró que las analíticas no habían mostrado rastros de sustancias tóxicas, el encefalograma había dado normal, y el informe del médico de urgencia parecía insinuar la hipótesis de un brote agudo de esquizofrenia. Colgué el teléfono e invité a *Mamá* a que me hablara de Mike. Como es costumbre, defendió con vehemencia la absoluta normalidad de su hijo, acompañada por murmullos y comentarios del resto de parientes, esa misma normalidad que suelen atestiguar los vecinos de los asesinos en serie, de los terroristas islámicos, o de los estudiantes universitarios que un buen día toman un fusil de asalto y desencadenan una masacre. Es curioso que la mayoría de estas personas consiga llevar una vida discreta, bastante menos llamativa que la de muchos neuróticos corrientes, hasta el día en que por alguna razón deciden saltar a la fama llevando a cabo alguna acción espectacular. A veces programan ese día durante años, trazando un plan minucioso que no se traduce en el más mínimo signo exterior, mientras su existencia transcurre de forma invisible. Por el contrario, los neuróticos son en general bastante insoportables para sí mismos y para todos sus allegados, hacen sentir su presencia de manera casi constante, pero no suelen cometer delitos más graves que estacionar en doble fila o sacar la basura el día que no les corresponde, al menos si no se dedican a la política. En el caso de Mike Benítez, no sabemos qué habría ocurrido si en lugar de zambullirse en el cristal de una tienda se le hubiese cruzado una idea más ingeniosa, pero en cualquier caso estaba claro que mis primeras indagaciones no iban a obtener mucho resultado.

Escúchenme todos, dije levantando los brazos para solicitar calma y atención. Debemos dar gracias que Mike no ha sufrido un daño más grave. Hay que tener paciencia y esperar a que los medicamentos hagan su efecto. Yo mismo me ocuparé de él y trataremos

de entender qué le ha pasado. Pero *Mamá*, le ruego que comprenda que ahora su hijo necesita descansar. Le propongo un trato. Usted me acompaña a la habitación, entramos juntos, comprueba que todo está en orden, y luego me promete que no habrá más escándalo. ¿De acuerdo?

*Mamá* me miró a los ojos, y unas lágrimas gruesas dejaron un rastro brillante sobre sus mejillas gordas.

Sí, sí, doctor. Haremos lo que usted nos diga. *Gracias*. Vamos, chicos, ya escucharon al doctor. Salgamos de aquí. No es necesario que vea a Mike. Confío en lo que usted me dice.

Será solo un minuto, insistí, porque sabía que la aparente docilidad de *Mamá* no iba a durar mucho más de una hora y que no tardaría en volver con su pequeño ejército privado. A pesar de sus formas, me conmovía ese espíritu de cuerpo que los latinos mantienen, ese sentimiento de compacidad familiar que ha resistido a la destrucción de los vínculos de nuestra sociedad norteamericana, un gigantesco universo de soledades dispersas por la inmensidad de esta nación. Hijos que han olvidado la existencia de sus padres, padres que no han vuelto a saber nada de sus hijos, hermanos que no conocen el paradero de sus hermanos, todo ello envuelto en ese halo de pragmatismo que garantiza la funcionalidad de nuestra forma de vida y que impide el mayor peligro que puede amenazarnos: la circunstancia de que alguien se pregunte alguna vez alguna cosa, por insignificante que sea. Todo está programado para evitar ese riesgo que pondría en entredicho el monumental andamiaje que mantiene este país en pie todos los días. Por esa razón somos el pueblo más industrializado de la Tierra y hemos inventado todas las respuestas antes de que a algún inadaptado se le ocurra plantear un interrogante. A veces no es posible evitarlo del todo, y de repente un tipo hace las preguntas de forma brutal, por lo general con una violencia que nadie comprende y que siempre nos toma por sorpresa.

*Mamá* aceptó de buen grado mi brazo y juntos entramos en silencio a la habitación de Mike, que con la cabeza vendada y



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA